



PÁG. 16
PERSONAJE

A sus 87 años y tras una larga vida empresarial, Antoni Vila Casas es un gran mecenas con tres museos y 3.000 obras de arte catalán.



SU OTRA CASA
El coleccionista
y mecenas
(Barcelona, 27
de noviembre de
1930) en la sede
de su fundación.



ENTREVISTA

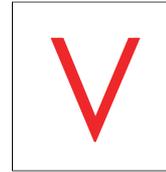
“EL COLECCIONISMO HACE QUE MI VIDA ESTÉ LLENA, QUE NO ME SIENTA VIEJO”

A sus 87 años, el que fuera farmacéutico, investigador y exitoso empresario

ANTONI VILA CASAS es un gran mecenas con tres museos y 3.000 obras.

Su objetivo es hacer de su colección referencia del arte catalán del último siglo.

Por ELENA PITA Fotografía de PAOLA DE GRENET



Viene de pasar una neumonía y está sarcástico el señor Vila Casas. Dice que el antibiótico le roba el sueño y que ha empleado las últimas 12 noches en vela para dejar todo “atado y bien atado” (guiño al generalísimo y risas), para

que se sigan cumpliendo sus designios en la fundación cuando él ya no esté. Quiere que su colección de arte contemporáneo catalán (entre todas sus colecciones la más mimada) cumpla 100 años y abarque desde 1930, donde todo comenzó, hasta 2030. “Aquí sólo se compra lo que a mí me gusta y sólo se hace lo que yo quiero”, asevera, y esta beligerancia le hace sentirse joven, a sus 87 años, Antoni Vila Casas (Barcelona, 27 de noviembre de 1930); en su segunda vida después de haber sido investigador, farmacéutico y gran empresario (Prodesfarma, 1.500 empleados, fue la tercera farmacéutica antes de fundirse con Almirall, y entonces fueron los segundos), ahora que es coleccionista y promotor de artistas a fondo perdido. Jamás ha vendido una obra y en el arte ha invertido toda su fortuna (no tiene hijos ni herederos), ganada a base de patentes de fármacos y aviesas transacciones. Por ejemplo, fabricó el primer antidepresivo ansiolítico de la historia de la farmacopea y con lo que ganó compró cuatro laboratorios. ¿Cómo llegó a la conclusión de aquella fórmula del tepazepán? Muy fácil. Los médicos recetaban continuamente un antidepresivo y, a renglón seguido, un ansiolítico. ¿por qué no ahorrar dinero a la Seguridad Social y dispensar los dos principios en un solo comprimido? No fue su único acierto; es más, todo en su vida parece serlo, un acierto.

Aquella prosperidad de entonces se ha convertido hoy en una colección que suma unas 3.000 obras de arte, tres museos (Can Framis en Barcelona, arte catalán contemporáneo; Palau Solterra en el Empordà, fotografía contemporánea, y Can Mario en Palafrugell, escultura contemporánea) y un espacio expositivo de 1.500 m² en pleno corazón de Barcelona, el Espai VolArt, que inauguró su última ampliación en octubre con una antológica de la artista Lita Cabellut, a quien el coleccionista organizó la primera muestra en España años antes de ser por todos reconocida.

PREGUNTA. ¿Todo empieza en una pequeña botica en 1957?

RESPUESTA. [Ríe]. Empecé como farmacéutico pero me aburría y monté un laboratorio, y lo hice bien.

P. Pronto patentó la primera molécula antiinflamatoria no lesiva para el estómago e inventó el primer ansiolítico antidepresivo, el tepazepán. ¿También lo patentó, porque media población sobrevivimos gracias a esta fórmula?

R. No, no se podía patentar, pero gané un pleito a la Roche con el diazepam y había obtenido la licencia del sulpiride, y pude unirlos, y durante dos o tres años fue el primer ansiolítico del país. A la gente le fue muy bien este medicamento y todavía se vende.

P. Se ha pasado la vida comprando y vendiendo laboratorios farmacéuticos, obsesionado, dicen, con la investigación, ¿también el negocio le obsiona?

R. No, lo que hice siempre fue invertir para investigar, y competir con la farmacéutica europea. En el año 92 registré el Airtal en 15 países, que fue la primera molécula antiinflamatoria que no dañaba el aparato digestivo, e hicimos una campaña de marketing muy potente, de modo que el primer mes se vendieron 164.000 unidades, y esto hizo de Prodesfarma la tercera compañía del país. Pero había una competencia internacional bestial, así que planteé un plan de fusión a Almirall, y ahí ▶



ENTREVISTA **Antoni Vila Casas**

“Mi padre era abogado, pero se dedicaba a su empresa textil. De niño iba con él a visitar galerías, y los domingos me gustaba ir al Museo de Arte Contemporáneo, donde está ahora el Parlamento; tenía 10 años y ya me dejaban ir solo”

► Me dieron la cruz del Mérito Civil, por la fusión, año 97. Yo tenía 67 años y quería retirarme, pero aun así compré Aquilea, y con ello puse de moda el complemento alimentario. Entonces apareció mi linfoma, en 2003, y les pedí que absorbieran mi parte de la empresa y me dediqué al arte, porque no sé estar sin trabajar.

P. ¿Qué conserva de todas aquellas participaciones e inversiones en la industria farmacéutica y la biotecnología?

R. No conservo nada, pero sí participo en alguna investigación, como la que una científica catalana está llevando a cabo en el MIT [Massachusetts Institute of Technology] para un tratamiento del melanoma de ojo; pero lo hago por pura afición [silencio] y porque es un nicho de mercado.

P. Bien, ¿y el amor al arte, de dónde, cuándo y cómo le nace?

R. De pequeño y de mi familia. Todo lo que hay aquí [estamos en una sala de su fundación, delirante palacete modernista, Casa Felip, en cuyos bajos se abre el expositivo Espai VolArt; la casa es la mayor densidad de arquitectura y artes decorativas modernistas que jamás haya contemplado], todo vino de casa de mis abuelos, lámparas, muebles, obras de arte... Esto era un almacén de papel que tuve que restaurar centímetro a centímetro. Y esta fundación, antes de dedicarse al arte, impulsaba la ciencia y concedía cuantiosos premios a la investigación y a la divulgación médica.

P. ¿Por qué de su familia, se dedicaban sus padres al arte?

R. No, mi padre era abogado pero se dedicaba a su empresa textil, toda mi familia ha sido textil, desde mi tatarabuelo, que empezó fabricando cintas para los curas y cardenales. Pero de niño iba con mi padre a visitar galerías, y los domingos me gustaba ir al Museo de Arte Contemporáneo, donde está ahora el Parlamento; tenía 10 años y ya me dejaban ir solo.

P. Creía que fue usted huérfano de padre desde niño...

R. Mi padre falleció a los 48 años, justo después de la guerra, decían que tenía una llaga en el estómago, que no era sino un tumor, y no podían operarlo por la falta de suministro eléctrico en los hospitales. Cuando por fin lo metieron en quirófano, murió de una septicemia postoperatoria, no había antibióticos, era el principio de las sulfamidas pero no se atrevieron a suministrárselas. Yo tenía 11 años, el cuarto de cinco hermanos.

P. ¿Por eso estudió usted Farmacia?

R. No. Estudié Farmacia porque mi amigo del colegio, Santi Oller, se matriculó en esa facultad y le dije que me matriculara a mí también.

P. El coleccionista, ¿nace o se hace?

R. Creo que es una curiosidad con la que se nace, yo de pequeño ya coleccionaba cosas, me gustaba. Mi padre era gran coleccionista de sellos, y nosotros lo vivíamos con él, siempre encerrados en casa a causa de su enfermedad; recuerdo unas comidas fantásticas en las que se hablaba de cine, de arte y un poco de todo. Después de su muerte, como ninguno podíamos adquirir la colección entera, vivimos 17 años de la venta de sus sellos, más la ayuda del abuelo desde la fábrica.

P. Viene de una familia numerosa, se casa dos veces y ¿por qué no tuvo hijos?

R. [Se ríe]. No tuve hijos porque no tuve la suerte. Sí me habría gustado, pero nunca me preocupó en exceso; además, todo lo que he hecho no ha-

bría sido posible con hijos. Y no soy un hombre demasiado familiar: buenas relaciones sí, pero no he tenido tiempo para mucho más.

P. Así pues, donará todo lo que tiene a su propia fundación. Dígame, ¿cuál entre todas las obras que posee es la que más satisfacción le ha proporcionado jamás?

R. Cuando nació esta fundación, en 1984, y decidí meterme en estos asuntos del arte, buscaba una sede, pero dentro de mi barrio, que es este. Yo nací en la esquina de arriba, en una casa modernista de Caspe con Bruc, y entonces vine a ver esta Casa Felip con mi mujer. Era carísima, pero había vendido los laboratorios, y me di el gusto, y quizás haya sido lo que más satisfacción me ha producido.

P. Y entre todos los artistas que ha promocionado o descubierto, ¿de cuál de ellos se siente más orgulloso?

R. De varios, como Agustín Puig, que es el autor de las obras que salen en la película *Vicky, Cristina, Barcelona*. Y de Lita Cabellut: la primera vez que expuso en España fue conmigo, y ahora le he montado una antológica que estará al menos hasta finales de mayo, que ha tenido que reeditar tres veces el catálogo y que está recibiendo una media de 10.000 visitantes al mes. La muestra además inauguró en octubre el nuevo Espai VolArt, 1.500 m² y siete portones a la calle en donde antiguamente había fábricas textiles de mantillas y puntillas.

P. ¿Y entre las investigaciones médicas que ha promovido o financiado?



Había nacido en Huesca y vivido su infancia en Barcelona, donde arraigara sus reales la familia materna, y unos 50 años más tarde Lita Cabellut era la artista viva española más admirada (también cotizada) del mundo: desconocida en su tierra, hasta que Vila Casas la descubrió. Le organizó su primera exposición en 2013 (“Trilogía de la Duda”), consagrada a la belleza del ser humano y su cuerpo, y crítica y público

quedaron maravillados. El pasado octubre, el mecenas abrió para ella un espacio expositivo de enormes alturas (Espai VolArt 3) para montar, a sus 55 años, una magnánima retrospectiva que está siendo el mayor éxito de visitantes de las muestras de la Fundación (20.000 personas a mediados de diciembre; suma y sigue hasta fin de mayo) y tres veces han tenido que editar el catálogo que la acompaña. Cabellut, un milagro que hipnotiza.



TRANSGRESORA. “Berta Troost” (280 x 200 cm), pintura de Lita Cabellut.

R. Esta última para el melanoma de ojo que se está llevando a cabo en el MIT; también la que hicimos para la leucemia, aunque al final perdí todo porque se nos adelantó un producto, y otra anterior para la psoriasis. Y ahora formo parte de Ysios capital, un fondo de inversión para la investigación científica.

P. En cierto modo ya se lo he preguntado pero insisto: ¿le mueve el afán de investigar o el de hacer negocio?

R. El afán de no perder el contacto con la ciencia que ha sido mi vida; me cuesta porque de química siempre he sabido pero de tecnología no. Y la gran satisfacción de contribuir a la curación de un paciente que puede perder un ojo o incluso la vida por un melanoma, o participar en avances de biotecnología, lo que hago a través de la biofarmacéutica Cellerix.

P. Dice estar viviendo una segunda vida desde que con 73 años le diagnosticaron el linfoma. ¿Curado todo rastro del tumor que padeció?

R. Me dieron dos años de vida. Fui el primer paciente que se sometió a quimioterapia con rituximab y aguanté muy bien, a los pocos meses estaba limpio. Pero el linfoma que tengo [de células de manto] es incurable, siempre vuelve, y entre todos los casos tratados con este producto soy el que más años ha vivido: hace 12 años que lo tomo cada tres meses, y esta vez no me lo han aplicado para probar un asunto de las inmunoglobulinas y me he cogido una pulmonía, vaya, aunque no fuera por ello sino por una bacteria.

P. ¿Es verdad que ya nunca se enfada ni discute?

R. Nunca me he enfadado, porque no compensa la inquina. Este carácter bueno lo he tenido siempre.

P. ¿Está siendo más satisfactoria esta etapa de coleccionista que la anterior?

R. Hace que mi vida esté llena, que conserve mis facultades y no me sienta viejo. Pero si cuando vendí la empresa y me metí de lleno en el coleccionismo de arte, me hubiesen dicho que hoy esta fundación tendría esta dimensión, no me lo creería. Yo hago todo caminando, poco a poco, y así fui recuperando edificios con significado para abrir museos, una fábrica textil, otra de corcho, el primer silo productor de arroz... Es una forma de rendir homenaje a los industriales que hicieron posible que Cataluña sea lo que es hoy. Es mi forma de hacer país y conservar su cultura, que es lo que da orgullo de ser de un lugar.

P. ¿Es esta la base de su razonamiento soberanista?

R. Yo soy nacionalista. Pero no hablemos de política, yo no suelo hablar con nadie de política, todos mis amigos piensan distinto: la gente que tiene dinero no es catalanista o no lo dice.

P. ¡Pero si usted es el que más tiene!

R. Soy el único que lo dice. Lo que piensen de mí no me importa, con estas ideas que tengo...

P. Señor Vila Casas, ¿está seguro de que el museo Can Framis será su último proyecto?

R. No, el último será el nuevo Espai VolArt. He cumplido 87 años y no creo que tenga tiempo para mucho más. Estos 12 días que he estado con insomnio he dibujado el proyecto que quiero para mi fundación, para que los objetivos continúen estando claros: no puedo pretender tener el mejor museo, pero sí un referente del último siglo de arte catalán. ◀

“Retrospective”, de Lita Cabellut, se puede ver en los Espais VolArt hasta el 27 de mayo. Más información: www.fundacionvilacasas.com